ciativa, y la intrepidez, necesarias al reformador politico; lo cual se confirma en la actitud que guardó con los partidos de Roma. Ni se hizo campeon de la nobleza, ni formó en las filas de los sistemáticos defensores del pueblo. Viósele, no obstante, combatir graves reformas democráticas propuestas por los tribunos, y, lo que os parecerá extraño, porque en realidad lo es, hacer que su dictámen prevaleciera, aceptado por aquel mismo pueblo, cuyos deseos contrariaba.

Sabemos que tuvo lugar esto en dos solemnes ocasiones, si bien en ambas, la palabra de Lelio fué secundada por la de Escipion Emiliano, que, si ménos elocuente, aún tenia mayor autoridad que la de su amigo. La primera de estas ocasiones fué cuando Papirio Carbon propuso una ley, en la cual disponía que los Pontifices fuesen de elección popular. Del discurso que, con tal motivo, pronunció Lelio, Ciceron dice que era un modelo de elegancia y dulzura, y «que no podia oirse sobre la religion, un lenguaje más augusto; pero que, sin embargo de esto, el estilo era mucho más anticuado que el de los discursos de Escipion.» (18)

El nombre de Lelio, se encuentra, en las antiguas historias, unido siempre al de Escipion Emiliano. Desde la juventud los habia ligado un trato intimo que duró en ellos tanto como la vida; y á esto se debe que los nombres hayan llegado juntos á la posteridad, como si obedeciesen al afecto de los personajes que los tuvieron. (19) En Roma, sobre todo, en la época de que hablo y en las anteriores, la amistad tenia su culto, y era, en cierto modo, considerada como una virtud que ennoblecia, y como un vinculo que no obligaba ménos que los del parentesco. Leyendo el tratado de Ciceron, que se intitula *Lelio*, se comprende el concepto que, de la amistad, tenian los antiguos romanos.

Mas, ¿merecerá Escipion que le consideremos como orador insigne, ó siquiera notable? Paréceme que sí; porque no creo que merezca ménos de nosotros, que ha merecido del mayor crítico y preceptista de la antigüedad, en estas materias. No conocemos, á este propósito, el juicio de Plutarco; porque la biografía que de Escipion Emiliano escribiera, no ha llegado hasta nosotros; mas conocemos la siguiente frase de Ciceron, que es un testimonio irrecusable: «Lelio y Escipion el Africano, dice, poseyeron una verdadera elocuencia: de ambos hay discursos, que nos permiten conocer su talento.» (20)

Nació Publio Escipion Emiliano el año 185, antes de nuestra era, no de familia oscura y ple-

beya como Caton, sino de una de las principales de la República. Uno de los mayores obstáculos que en Roma, como en todas partes donde hay aristocracia, encontraban los hombres nuevos para elevarse, no tuvo éste que vencerlo, gracias á la nobleza de su estirpe, y al gran caudal de gloria conquistada por sus ilustres predecesores. (21) Tuvo como más tarde Julio César, una inteligencia vastísima, capaz de abrazar toda clase de conocimientos, y una estrella venturosa que le permitió adquirir, en la carrera de las armas, una gloria imperecedera.

No me sorprende que tambien-tuviese un corazon magnánimo, en tan alto grado como el genio militar, y que conociese á fondo las artes de la guerra. Era hijo de Paulo Emilio, y en asuntos de milicia, habia aprovechado las lecciones paternales. Adoptado por la familia de los Escipiones, era, en tal concepto, nieto del primer Africano, teniendo, por consiguiente, en ambas casas, nobilísimos ejemplos y modelos que imitar. El aprendizaje de las armas comenzó á hacerlo á los diez y siete años de edad, y á las órdenes de su padre, en la campaña contra Perseo, felizmente terminada con la ruina de este príncipe. Añádase, á estos tempranos ejercicios, que fué desde su juventud amigo de Polybio, y se comprenderá

cuál era la base de aquella preeminencia militar, que, de comun consentimiento, gozó más tarde en su pátria. Cuando estaba sitiando á Numancia, á la heróica poblacion española que fué el terror de Roma (22), y costó á la República más sangre que la conquista de naciones enteras, se complacia en repetir uno de los consejos de su padre: «Un caudillo prudente, decia, debe ahorrar la sangre del soldado. Sólo debe combatir cuando la batalla es inevitable, ó la victoria segura.»

Desde su juventud fué amante de las letras, cuyo estudio no interrumpió, en cuanto le fuè posible, durante sus campañas militares, á las cuales le seguian Lelio y Polybio. Cuando estuvo en Roma la famosa embajada de Carneades, y los otros dos filósofos griegos, Escipion fué uno de los más asíduos concurrentes á sus lecciones. Tanto él como Lelio, recibieron tambien las del filósofo Panetio, y aun le retuvieron a su lado, por espacio de muchos años. (23) Profesó un particular afecto à Caton el Antiguo, admirando en él la sabiduria, el grande ingenio, y las virtudes y sóbrias costumbres que tuvo, y procurando arreglar las suyas por tan insigne modelo. Empero, en la vida de Escipion no se encuentra la austeridad que, todos los actos y palabras de aquel viejo Censor, respiraban. (24)

Rendia Escipion mayor culto á las bellas letras; era más sensible á los placeres del espíritu; y sabia, por experiencia propia, que la cultura es posible sin el vicio, y sin la afeminacion de los hombres y los pueblos. Enemigo implacable del libertinaje y las cosas frívolas, se mostró durante su censura, ménos duro, pero no ménos celoso que Caton, por el imperio de la moralidad. Adoptó, pues, en su género de vida, en su marcha política, y áun en sus estudios, un temperamento medio que le libró de toda suerte de exageraciones y actitudes extremadas, así como de los cambios de fortuna, tan frecuentes y peligrosos en el Foro de Roma.

Desde su juventud se hizo, asímismo, recomendable, por las bellas prendas de su carácter, que, otros hombres ilustres, no han tenido. Algo grande y extraordinario debia revelarse en aquel jóven, cuando á los diez y ocho ó veinte años de edad, era mirado como una esperanza de su patria; y cuando Caton el Antiguo, proféticamente lo señaló, al comenzarse la última guerra púnica, como el único romano capaz de terminarla en provecho de Roma (25). Un idéntico anuncio hizo Escipion, respecto de Mario. Cuando ya Escipion era cónsul, y mandaba el ejército de Africa, cierto dia, que celebraba un banquete con sus jó-

venes oficiales, fué instado para que dijese cuál era, en su concepto, el que, de todos ellos, más es peranzas ofrecía á la gloria militar de la República, y el que podría reemplazarle, en caso de que él muriese ántes de rendir á Cartago. Volvióse entónces hácia aquel plebeyo oscuro, que más tarde habia de ser el azote de la aristocracia, y predijo su futura grandeza. Plutarco asegura que, las palabras de Escipion, no se apartaron ya nunca del pensamiento de Mario, y que se creyó, desde aquel dia, un hombre predestinado (26). ¡Cuánto puede, señores, un estímulo oportuno, en un corazon ambicioso de mando y celebridad!

Escipion no abandonaba, por completo, sus aficiones literarias, mientras hacía la guerra. De las fatigosas tareas de la campaña, parecía descansar entre sus sabios amigos y sus libros. Se olvidaba de los campamentos en Roma; pero áun en los campamentos se acordaba de las artes de la paz, y tributaba, como de ordinario, culto á las letras. Sábese, señores, que su autor favorito era Xenofonte, cuyas obras no se le caían de las manos (27). Y ciertamente que, cuando recuerdo esto, no me extraña el afecto inalterable que profesaba á Lelio, muy parecido al que, el mismo Xenofonte, profesó siempre á Sócrates y Agesilao; ni me extraña, tampoco, que cambiase,

con gusto, el estruendo de las armas, la ambicion de gobernar ejércitos, y áun los placeres embriagadores de la victoria, por el gusto de cultivar las letras, y por el trato del filósofo Panetio, y del poeta Terencio; (28) ni me extraña, en fin, que siendo guerrero, no tuviese la aspereza y ferocidad que la guerra inspira, y que, á la vista de Cartago incendiada, lamentase la destruccion de Cartago.

Señores, el último dia de un hombre célebre, es un dia de triste recuerdo para las gentes que le conocen; el último dia de la célebre Cartago, debe ser un dia memorable en los fastos de la Historia. Figuraos la patria de Anibal, la orgullosa reina de los mares, vencida, saqueada, y entregada al incendio por los romanos. Figuraos cuarenta mil casas formando una sola hoguera, y lanzando á las nubes torbellinos de llamas y de humo; las tinieblas de la noche extendidas, como un manto fúnebre, sobre el Africa; á un lado, los restos del infelice pueblo cautivo, que ven consumirse en aquellas llamas su última esperanza de libertad y patria; á otro lado, un ejército vencedor que se goza en su obra de muerte y exterminio; y, en el fondo de este cuadro, tres hombres silenciosos y contemplativos. Polybio, que se dispone á trasmitir á la posteridad el espectáculo

siniestro que presencia; Lelio que bendice á los Dioses propicios del Capitolio; y en medio de ellos Escipion, Escipion más jóven y más grande que ambos, que penetra con su vista de águila los horizontes del porvenir, y teme para Roma la misma suerte que Roma hace experimentar á Cartago; y al fin exhala sus inquietudes pronunciando, con tristeza, aquellos versos de Homero:

«......el alma
Y el corazon lo anuncian, vendrá dia,
En que, asolada la soberbia Troya
Perezca su rey Priamo, y el pueblo
Todo, del fuerte y belicoso Héctor (29).»

Hasta aquí, la juventud y la parte más gloriosa, de la vida militar de Escipion. En cuanto á su vida política y oratoria, os diré, en primer término, que nunca solicitó el consulado, y que fué, sin embargo, elegido cónsul á los 38 años, ántes de tener la edad marcada por la ley; que cinco años más tarde fué elevado á la censura y elegido cónsul, por segunda vez (134 ántes de J. C.), para que terminase la guerra con Numancia, cuya destruccion le valió el sobrenombre de Numantino (30).

En estos períodos intermedios en que la guerra parecia dormir, Escipion se dedicaba á los negocios públicos y al estudio. Con tales aficione y con estar siempre rodeado de los hombres más sábios de la Grecia, adquirió su juicio una madurez extraordinaria, y sus luces fueron aumentándose, á compás de sus años. Su carrera oratoria comenzó cuando ya tenia muy adelantada su carrera militar, cuando ya era, acaso, el más hábil y esforzado general de la República. Muchos discursos pronunció, que, siglos despues de su muerte, se conservaban aún, y en los cuales, los críticos del tiempo de César, notaban la particularidad de que, el estilo, no parecia anticuado, como el de los demás oradores contemporáneos suyos (31).

Por más que se le atribuya una verdadera elocuencia, las condiciones de orador grandilocuente, no las tuvo jamás. Todas las noticias que de sus talentos oratorios hay, están de acuerdo en esto; y si recomponemos la fisonomía, por decirlo así, de su palabra, con atencion de su carácter personal, de sus gustos y estudios literarios, de sus autores favoritos, y áun de las pocas frases que se conservan de sus discursos, llegamos á un idéntico resultado. Faltábanle el calor y la vehemencia de Servio Galba, esos hilos conductores de la persuasion que preparan, á los oyentes, para conseguir los grandes triunfos oratorios. Voy á permitirme leeros un pasaje de cierto discurso pronunciado por Escipion, durante su censura, y en el cual reprendia la mala direccion que se daba á la enseñanza de la juventud. No debe olvidarse que, á los 17 años de edad, los romanos comenzaban á servir á su patria con las armas, y que tanto peor se cumpliria este deber cívico, cuanto más débiles y afeminadas fuesen las generaciones. Hé aquí las palabras del censor:

«Hoy se aprenden artes deshonestas: se va con hombres de reprensibles costumbres à tomar parte en los juegos de los histriones, al compás de la música. Se aprende á cantar, lo cual era colocado por nuestros mayores, en el número de las cosas indignas. Jóvenes de ambos sexos, pertenecientes à distinguidas familias, repito que van à las escuelas de baile, y se mezclan con gentes de corrompidas costumbres. Cuando se me dió conocimiento de esto, no podia convencerme de que patricios romanos enseñasen tales cosas á sus hijos; más habiendo visitado una de estas escuelas de baile, he visto, por mí propio, más de 500 alumnos de uno y otro sexo, y entre ellos he visto tambien (lo cual me ha causado un profundo dolor por la República), he visto, digo, á un adolescente de unos 12 años, hijo de un candidato al consulado, bailando con crotalas (32) una danza, que la esclava más envilecida no habria podido ejecutar tan deshonestamente.» (33)

Estas ideas, ó mejor dicho, estas reprensiones, podrian creerse de Caton el Antiguo. Hay, sin duda alguna, en las palabras leidas mucha noble gravedad, y un tono sincero y firme, propios del censor y del sábio que corrige con franqueza y seguridad de acierto, mas sin hacer uso del sarcasmo, ni de violentas recriminaciones. Lo que en esas líneas no se encuentra es ni un solo indicio de estilo pintoresco, ni una sola de aquellas fuertes pinceladas que Tito-Livio pone en boca de Caton, cuando éste combatia el lujo, ó que aún vemos en las reliquias que han llegado, hasta nosotros, de los discursos de los Gracos.

Hé aquí otro pasaje de un discurso que versaba sobre el mismo asunto, si bien concreta los cargos, dirigiéndolos contra un solo individuo, contra Sulpicio Galo. Así dijo:

«¿Qué pensaremos de un hombre que todos los dias se perfuma y acicala ante un espejo; que se arregla las cejas, la barba y hasta el vello de su cuerpo? ¿Qué pensaremos de un hombre que desde su primera juventud asistia á los convites vestido con una túnica, cuyas mangas le cubrian las manos; que se sentaba junto á una amante del modo ménos circunspecto, y que unia, al vicio de la embriaguez, una pasion desenfrenada por la lujuria? ¿Es posible dudar que, semejante hombre,

habrá hecho todo lo que hacen los más infames libertinos?» (34)

Aquí el estilo es más oratorio y elocuente. La repeticion y la forma interrogativa que emplea, dan al pensamiento mucha fuerza y viveza. Describe y argumenta á la vez. Hay naturalidad, como en las primeras líneas que lei, pero más vigor.

De las notables oraciones que pronunció cuando se presentaron al pueblo las leyes, ya mencionadas, sobre reeleccion de los tribunos y nombramiento popular de los Pontífices, ni una sola palabra se conserva, que yo sepa. Aquellos debates fueron, sin embargo, muy solemnes y empeñados, cual correspondia á la suma trascendencia de las innovaciones propuestas. La palabra de Escipion brilló mucho entónces, y un completo éxito recompensó sus esfuerzos y los de su amigo Lelio; no obstante que tenian por adversario á Papirio Carbon, tribuno muy diestro y osado en las luchas políticas del foro y la tribuna, y que sostuvo su ley, prodigando á las muchedumbses todo género de lisonjas y hábiles adulaciones (35).

Dije antes que Escipion habia aprovechado las lecciones militares de su padre, como muy pronto lo atestiguó con grandes victorias; y ahora debo añadir que no siguió en todo su misma marcha política. Fué tan virtuoso y magnánimo, tan es-

178

forzado y severo como Paulo Emilio. Nada dicen, contra esto, la bondad de su carácter y la dulzura de sus costumbres. Las distracciones pueriles á que se entregaba con Lelio en las orillas del mar; el recoger conchas, en la playa, para examinar sus múltiples variedades (36); el contribuir, acaso, á la composicion de las comedias de Terencio (37); el trato culto y el ingénio especulativo de los poetas y filósofos que le rodeaban, no debilitaron su rectitud de principios, ni le impidieron ser inflexible, como militar, é intachable como ciudadano.

En lo que no siguió el ejemplo de su ilustre padre, fué en que à éste se le vió siempre de parte de la aristocracia; miéntras que, Escipion, aunque perteneciera á la flor de los patricios romanos y condenase las agitaciones tribunicias de aquel tiempo, no se hizo campeon sistemático de los nobles (38). Su eclecticismo político, y quizá el conocimiento de las fuerzas sociales de su patria, le inducian á desear que ambas clases se mantuviesen en sus respectivas esferas, comprendiendo que la victoria de una ellas produciria la ruina de la libertad. Era, sin embargo, Escipion, la esperanza del Senado, cuando el segundo de los Gracos comenzaba á agitar á Roma; mas, un dia en que aquella augusta Asamblea le acompañó á su casa, despues de una discusion importante, fuè el último de su gloriosa vida. A la mañana siguiente se le encontró muerto en su casa, con señales de haber sido asesinado. ¡Digno era de más hermoso fin! Y puesto que los grandes hombres tienen tambien que perecer, digno era de haber sucumbido peleando heróicamente en los campos de batalla, ó de haber muerto como Mirabeau, oyendo desde su lecho mortuorio los lamentos de todo un pueblo, y presintiendo los juicios de la posteridad. Un impenetrable misterio rodeó siempre aquel crimen. La historia, señores, no ha podido tomar venganza del asesino. En Roma aconteció, entónces, lo que en todas partes acontece despues de la muerte de los grandes hombres, que han influido en los destinos de su país,.... Pero, ahora, diré sólo que la República consternada, vistió luto, y que la inmortalidad comenzó á brillar sobre la tumba de Escipion: 56 años vivió perteneciendo á su patria: dos mil años hace que vive perteneciendo á la fama y á la Historia (39).

He dicho.